

DESEMPLEO, HOMBRES Y CAMBIO. LA MASCULINIDAD EN BUSCA DE UN ESPACIO EN UNA SOCIEDAD POSMODERNA.

Rodríguez, del Pino, Juan Antonio
Departamento de Sociología y Antropología social
Universitat de València
juan.rodriguez@uv.es

Marín Traura, Susana
Departamento de Teoría de la Educación
Universitat de València
susana.marin@uv.es

RESUMEN

En una sociedad en continuo cambio y adaptación, el concepto de masculinidad está en tránsito hacia una redefinición de sus valores. Pero una situación polarizada se mantiene aún en algunos sectores productivos que son más reticentes a esos cambios. La actual situación de crisis económica ha generado nuevas situaciones de relación social. Vinculados a la complejidad social creciente y ante esta coyuntura social y económica, las respuestas masculinas serán diversas, se observa -aunque de forma minoritaria- un replanteamiento de roles en la relación con la otra parte, frente a estas actitudes subsisten formas de resistencia al cambio. Tomando como base una muestra de 80 hombres desempleados. El objetivo es analizar el replanteamiento por parte de éstos de su rol dentro de una representación social manifiesta. Asimismo pondrá de manifiesto que un número amplio de los hombres entrevistados en el estudio, ha descubierto nuevas formas de relación con sus familias, empleo y entorno social. ¿De qué manera se plasma? ¿Son cambios estructurales, conscientes y definitivos o, por el contrario, no suponen una variación suficiente para considerarlos una nueva relación de género basada en una mayor igualdad real?

PALABRAS CLAVE

Género; masculinidad; sociedad; modelo; crisis; cambio; resistencias.

INTRODUCCIÓN

El género, como es bien sabido, es un *constructo* social que deviene en un elemento que va más allá de lo meramente biológico, el sexo. Tal y como comenta Lourdes Benería y es citada por Martín Casares, “el concepto género puede definirse como el conjunto de creencias, rasgos personales, actitudes, sentimientos, valores, conductas y actividades que diferencian a hombres y mujeres a través de un proceso de construcción social”¹ que se observa en diferentes sociedades y períodos históricos y en el imaginario colectivo. Asimismo, para ciertos autores supone una estructura internamente compleja con diferentes subestructuras en interacción continua, siendo la contradicción interna un componente fundamental de las relaciones de género².

Este término se empezó a utilizar a lo largo de la década de los 80 como un sinónimo de mujeres, simplemente porque sonaba más neutral y académico. Simone de Beauvoir, afirmaba en una obra ya clásica del feminismo que “la humanidad se divide en dos categorías de individuos”.³ Es evidente, porqué negarlo, que los cambios y avances, que desde los setenta - un poco más tarde por razones obvias en España - han logrado las mujeres, han sido muy significativas, pero los hombres también, aunque de manera más lenta y dubitativa, y seguramente arrastrados por la necesidad de no quedar atrás con los avances obtenidos desde el feminismo, van también haciendo camino ya que el cambio social es inevitable y el estancamiento es inaceptable. Aunque con este panorama, las respuestas que se dan delante de situaciones concretas de la vida cotidiana son muchas y variables y, a veces, parece que todavía las resistencias al cambio existen. Por eso estamos de acuerdo con Martín Casares cuando afirma que “actualmente se tiende a definir el género como una categoría analítica útil para superar las concepciones dualistas”⁴

Por otra parte, aún hoy en día resulta evidente que los hombres que intentan hacer una lectura más abierta e igualitaria se encuentran, en ocasiones con el silencio y la incomprensión de gran parte de la sociedad, por no decir de sus pares, a saber, los otros hombres que no saben o no quieren generar cambios en su *modus vivendi* y se “anclan” en actitudes, conductas y respuestas culturales, cuanto menos poco cercanas a la modernidad, lo cual denota, en realidad, una falta absoluta de seguridad en sí mismos para generar esos cambios y que en algunos casos deriva en respuestas violentas hacia sus parejas que sí que pretenden avanzar hacia nuevas actitudes. Materializando de forma insoportable aquella frase tan poco afortunada de “la maté porque era mía”.

Al mismo tiempo, los medios de comunicación no desarrollan modelos culturales que ayuden, en este sentido, a la formación y refuerzo de las nuevas masculinidades. En la actualidad se puede observar un aumento de conductas machistas, inclusive entre las relaciones de pareja más jóvenes que ya han crecido dentro de un entorno de libertad, lo cual se puede observar en su nivel más exagerado en los casos de violencia doméstica.

Es evidente que aquí no nos referiremos a todos los hombres, sólo a los hombres heterosexuales de clases socioeconómicas, que al quedar expuestas las bases reales del

¹ MARTÍN, Aurelia (2006). Antropología del género. Madrid: Editorial Cátedra. P. 40.

² DEL VALLE, Teresa (2002). *Modelos emergentes en los sistemas y relaciones de género*. Madrid: Narcea Ediciones. P. 24.

³ BEAUVOIR, Simone (2005) [1949] el segundo sexo. Madrid: Editorial Cátedra. P. 49

⁴ MARTÍN, A. ob. cit. P. 48

neoliberalismo, los valores y elementos de los cuales emanaban las fuentes de legitimidad, y que ahora están deslegitimados; se encuentran desubicados y sin referencias. Estos hombres observan como los elementos de legitimidad de antaño: Familia, Estado, País..., han trocado sus significados postreros, para convertirse en elementos poliédricos, distintos. A estos hombres hay que acercarse desde una perspectiva de género, recogiendo así el consejo de parte de las teorías feministas contemporáneas de cartografiar la posición indiscutida - al menos, hasta hace bien poco - de la dicotomía de los géneros modernos persiguiendo el esfuerzo de los *Critical Studies on Men* o estudios críticos sobre los hombres, como se ha traducido, por hacer visible la marca de género de estos hombres. Muestra el género de los sin género, el género que se presenta como ausencia de género, como género invisible pero transparente⁵.

Esta transparencia habla de la incapacidad contemporánea de los hombres descritos por hacerse cargo de su género y así intenta apuntar una de las fuentes, sino la principal, de las desigualdades que por razón de género siguen describiendo nuestra realidad y la poca conciencia que como agentes implicados en esta realidad tienen los protagonistas de la investigación.

Si se acepta el axioma según el cual, el surgimiento de nuevas explicaciones para el concepto de masculinidad no es un hecho aislado, sino un *continuum* dentro de una sociedad cambiante, se deberían realizar algunas preguntas procedentes: ¿Hay una homogeneidad en cuanto a lo que se ha venido a denominar "nueva masculinidad"? y ¿Las actuaciones emprendidas desde las diversas administraciones públicas responden, en este sentido, a las nuevas demandas?

Las Administraciones Públicas como reflejo de la sociedad donde se encuadran, desarrollan actuaciones y servicios que cubren las necesidades de la comunidad. Así pues, dentro de las instituciones públicas locales existen programas específicos de igualdad bien a partir de concejalías específicas de igualdad o de la Mujer, bien mediante otras concejalías más generales como las de Bienestar social. Pero, sea como sea, ¿incorporan las nuevas masculinidades como una realidad? Y si es así, ¿cómo lo hacen?

¿ES LA MASCULINIDAD UN TÉRMINO CADUCADO?

Para empezar hay que definir: ¿Qué es la masculinidad?, para la Real Academia, es el relativo al masculino y, a su vez, masculino, se dice del que está dotado de órganos para fecundar. Así, se plantea la respuesta a la pregunta desde un punto de vista biológico. Pero la masculinidad varía con los tiempos, el contexto social, las costumbres, la memoria social, el tipo de economía, el objetivo social buscado, la ideología y la convivencia histórica que la definen dentro de un grupo social determinado. La masculinidad, por tanto, es un concepto que varía en el espacio y en el tiempo. Supone una definición que no es homogénea y que se convierte en adaptable según el contexto cultural al que se hace referencia, aunque si se puede afirmar que se plantea como lo que es diferente a la femineidad. Si existe unanimidad en que las identidades de género son una construcción social a partir de las diferencias sexuales, entonces se puede imaginar que no todo está prefijado de antemano en el código biológico de los sexos, no existe una esencia natural de lo femenino y lo masculino⁶. Lo masculino se ha desarrollado a partir de lo femenino, se define a partir de la alteridad.

⁵ GARCÍA, A. (2009) *Modelos de identidad masculina: representaciones y encarnaciones de la masculinidad en España (1960-2000)*. Madrid: Ed. Universidad Complutense, P. 3-4.

⁶ LOMAS, Carlos (2003). *¿Todos los hombres son iguales?: Identidades masculinas y cambios sociales*, Barcelona: Editorial Paidós, P.12.

En cualquier caso, el término masculinidad resulta esquivo incluso para los propios hombres, cuando se pregunta por la misma masculinidad los agentes sociales no son capaces de darle un contenido específico en su discurso más allá de demarcar de lo que no es⁷.

Al mismo tiempo, el concepto de masculinidad condiciona y contamina los estudios sobre los hombres, resulta, inclusive, peyorativo. Poco a poco, y como antes lo fueron las mujeres, los hombres son definidos como una nueva forma de alteridad⁸.

Es evidente que tal y como afirma Kimmel, uno de los representantes de los teóricos sociales del *Men's Studies*:

*"La virilidad no es estática ni atemporal, es histórica; no es la manifestación de una esencia interior, es construida socialmente; no sube a la conciencia desde nuestros componentes biológicos; es creada en la cultura. La virilidad significa cosas diferentes en diferentes épocas para diferentes personas"*⁹.

Por tanto el concepto de *Masculinidad* es variable, multiforme, no existe un único concepto de masculinidad, aunque las definiciones de lo masculino tienen un carácter relacional: lo masculino se define socialmente y, sobre todo, frente a lo femenino. De hecho el actual estereotipo de masculinidad moderna imperante está estrechamente ligada a la sociedad burguesa surgida tras la Revolución Francesa¹⁰.

Aunque se debe tener en cuenta que las nociones de masculinidad y feminidad son construcciones culturales y conceptos occidentales que se manifiestan de forma diversa en otros, es evidente que en la actualidad la sociedad occidental moderna predomina sobre otras culturas.

Resulta evidente que se está refiriendo al modelo masculino del entorno más inmediato, no debiendo poseer de manera necesaria un reflejo en otros entornos culturales diferentes.

En este punto, habría que aclarar que se quiere decir cuando se hace uso del término "ser hombre", puesto que se corre un peligro:

*"Nos hemos pasado tanto tiempo diciendo quién era el verdadero hombre... Es tan frecuente que incluso hombres particularmente atípicos se definan como normales o incluso paradigmáticos. Es tanta la megalomanía corporativa masculina, que cualquier tentativa de trabajar la identidad masculina es, en ese sentido, peligrosa de volver a caer en alguna androlatría, o autobombo"*¹¹.

Esta cita resulta interesante ya que advierte de la deriva tantas veces ensayada de la vuelta a la exaltación masculina cuando se entiende cuestionada y en cierto modo avanza la necesidad de

⁷ GARCÍA, A. (2008) "¿Qué les pasa a los hombres? A propósito de las dinámicas identitarias en la modernidad tardía". En *Arxius*, núm. 19, Valencia. P. 43.

⁸ GUASCH, Oscar (2006) *Héroes, científicos, heterosexuales y gays*. Barcelona, Edicions Bellaterra, P.103.

⁹ Kimmel, Michael S. 1997 (1994) "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en Teresa Valdés y José Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, nº 24.

¹⁰ MOSSE, George L. (2000) *La Imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*. Madrid, Talasa Ediciones, P. 23.

¹¹ Josep V. Marqués (2003), "¿Qué masculinidades?"; en Valcuende del Río y Blanco López, *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*. Madrid, Ed. Talasa

anclar el análisis de las masculinidades más allá de los juegos de las redenciones o de la vuelta a la virilidad como sustancia. En este sentido la categoría es incómoda, señalada como sospechosa por algunas perspectivas feministas y blanda para ciertos movimientos sociales para justificar un discurso victimista vez que orgulloso de una condición entendida como natural, sustancial, esencial.

Si se habla de masculinidad o feminidad, se nombran las estelas de sentido en las que se forjan las identidades. Pertenecen, por tanto, a un plan que pronto excede el meramente individual y nos conecta con la cultura y las representaciones que se tejen sobre la hombría (Gilmore, 1994).

En el análisis del cambio social de Occidente desde las tensiones en torno a la pervivencia, crisis o superación de la modernidad, se puede perseguir la masculinidad y no sólo como representación sociocultural de una posición en el sistema de los géneros, sino como categoría política (Winterhead, 2002) presente en la organización social de la ciudadanía y traducida en una serie de privilegios.

Es evidente el hecho de que una de las principales esferas donde tradicionalmente el individuo se ha desarrollado socialmente ha sido la social, siendo el ámbito laboral uno de sus principales indicadores y así, "los ideales masculinos representan una contribución indispensable tanto a la continuidad de los sistemas sociales como a la integración psicológica de los hombres en su comunidad" (Gilmore, 1994). Es esta la razón principal por la cual cuando nos encontramos ante una situación de desempleo, el individuo se siente estigmatizado frente al grupo, generando en el mismo un inicial sentimiento de inseguridad. Esta situación es producto de una cultura según la cual "el trabajo nos hace hombres" tal y como lo define Ruiz Ballesteros (Valcuende y Blanco, 2003).

Compartimos la tesis expuesta por diversos autores según la cual, desde los años noventa se observa una paulatina crisis del rol de género masculino como proveedor económico principal del grupo familiar, esto se ha producido, por un lado, por el nivel crítico alcanzado con los modos de empleo y de trabajo tradicionales y, por otra, por las profundas transformaciones que se han dado en la familia nuclear (Burín en Lomas, 2003). Por lo tanto esta situación de desempleo no supone más que un nuevo estadio dentro del marco de desarrollo de las relaciones de género.

Una evidencia no tan evidente en la actualidad, ser hombre es, de entrada, encontrarse en una posición que implica poder (Pierre Bourdieu, 1990). Pero esta lógica de la diferencia sexual que es atributiva y también distributiva, ya que cada grupo tiene unos atributos culturales que los define y al mismo tiempo los organiza de manera jerárquica sobre el otro, ha entrado en crisis. Aunque los hombres desean adquirir status entre otros hombres, lo que confieren las recompensas materiales y que unido a los rituales de la solidaridad masculina¹². Ante una nueva situación de cambio "se le exige" los actores actuar adaptando sus maneras de proceder. Ante esto surgen diferentes respuestas que son reflejo y paradigma de la sociedad donde se encuadran.

El modelo de masculinidad imperante muestra sus grietas de la misma manera que el modelo de sociedad tradicional y de familia tradicional, se agrieta. Surgen, no sin dificultades, nuevos modelos que intentan dar respuesta a las nuevas situaciones. En definitiva, la manera en que se entienden la masculinidad y las relaciones de género es compleja, la noción de masculinidad todavía está en construcción¹³ y este es un proceso que aún no ha finalizado y seguramente no finalizará nunca.

¹² GIDDENS, A. (1998) *La transformación de la intimidad*. Madrid: Ed. Cátedra, P. 62

¹³ GUASCH, O. ob.cit. P. 17.

LENGUAJE E INTERRELACIONES

El lenguaje, en múltiples ocasiones, nos descubre las realidades que nuestra mente socializada en unos ciertos valores de lo políticamente correcto, desea mantener censuradamente controlado. Pero es evidente que, tal y como apuntaba Ibáñez en una fecha que parece ya lejana, pero que reviste de una actualidad aún muy patente, cuando hablamos de nuestras respectivas parejas (sobre todo si son mujeres), hablamos de propiedad: “mi mujer”¹⁴.

Se podría pensar que esta manera de referirse a la propia pareja, proviene de épocas que parecen ya lejanas como demuestra el texto de Ibáñez o la tesis doctoral de Marqués¹⁵. Nunca más lejos de la realidad, no se obviará el hecho de que todavía se siga usando estos términos, pero sí que existe una cierta creencia actual, en la necesidad de ir incorporando nuevos términos que impliquen otro tipo de maneras de relacionarse con la otra parte:

- compañera,
- pareja,
- amiga, etc., ...

Tal y como comentaba Marqués se podría afirmar que existe una paulatina *autoafirmación conquistada*¹⁶ que denota cambios en las referencias hacia la otredad. En cualquier caso, se puede observar un cierto sentimiento de extrañamiento puesto que desde un punto de vista más psicoanalítico y recogiendo lo afirmado por Ibáñez, “en el inconsciente no hay masculino ni femenino: lo masculino y lo femenino (...) pertenecen a lo imaginario social (...) No hay hombres ni mujeres: sólo sujetos”.¹⁷

Una vez más el lenguaje es la expresión subjetiva de una relación social. Es evidente que no hablamos e interactuamos de la misma manera con nuestra pareja, que con nuestros padres o que entre nuestro grupo de iguales (léase amigos).

Nuestro comportamiento social varía y esto queda explicitado en el lenguaje utilizado, si entendemos este como instrumento básico de interacción social. Así, si observamos la relación con nuestros iguales, tal y como afirma Cucó, podemos apreciar que “los hombres son más hombres cuando luchan codo con codo en un mundo sin mujeres”¹⁸. Según este planteamiento, el comportamiento de los hombres varía cuando se trata de una amistad con otros hombres y podríamos hablar aquí de camaradería dentro de un entorno de cierta “sana” rivalidad viril, de lucha contra un entorno hostil.

Pero esto no impide, al contrario de lo que pueda pensarse, que puedan existir contactos informales y amistosos entre hombres y mujeres, tal y como afirman diversos autores (Uhl, 1985; Cucó, 1995), sin que tenga que mediar necesariamente relaciones de otra índole: “las amistades entre los jóvenes entre ambos sexos se desarrollan y están organizadas ahora dentro del contexto de grupos informales llamados “pandillas” (...) no sólo integran a los chicos y chicas amigos, sino también a sus respectivos ligués”.¹⁹

¹⁴ IBAÑEZ, J. (1986) “Lenguaje, espacio y segregación sexual”. En García Ballesteros, A. *El Uso del Espacio en la vida cotidiana*. Ed. UAMP. P. 30.

¹⁵ MARQUÉS GONZALEZ, J. V. [tesis doctoral] (1982) *La construcción Social del Varón*. Valencia. Diposit de la Biblioteca de la Universidad de Valencia. Facultad de Derecho.

¹⁶ MARQUÉS GONZALEZ, J. V. ob. cit. P. 347.

¹⁷ IBAÑEZ, J. ob. Cit. P. 35-36.

¹⁸ CUCÓ, J (1995) *La amistad. Una perspectiva antropológica*. Barcelona, Ed. Icaria. P. 73.

¹⁹ UHL, S. citada en CUCÓ, J ob. cit. P. 86-87.

En lo que se viene denominando *Capitalismo de ficción*, las relaciones personales han dejado de tener, según la visión de Verdú la profundidad que antaño poseían, se han banalizado. Y así “esta es la época del declive del hombre (...) ser hombre, en fin, ha perdido popularidad”.²⁰ Sin necesidad de estar de acuerdo con esta afirmación tan lacónica, si que se puede observar el fin de la hegemonía un modelo de hombre, se asiste ahora a lo que Guasch llama “crisis de la heterosexualidad”²¹, tal y como se la conoce; y la superposición paulatina de nuevas formas de relación consigo mismo y con la contraparte (la mujer). En este sentido, el lenguaje no es más que la primera frontera que es preciso traspasar, como representación simbólica y cultural de un entorno concreto que es.

SER HOMBRE, UNA VISIÓN DE FUTURO

Al igual que la tierra gira, el mundo se mueve y las mujeres actúan, los hombres deben modificar, sus posicionamientos ante los otros y otras, y ante sí mismos. El enrocamiento social resulta insoportable a la vez que fatuo, es imposible no cambiar con la historia. A pesar de ello, existe una amplia diversidad de actitudes masculinas ante las complejas situaciones cotidianas.

Lo más probable es que todo cambio sea mirado con recelo, en este sentido los hombres pueden observar la igualdad como una pérdida de poder, de la hegemonía pasada, sin embargo si la “construcción de la masculinidad no varía, no cambia casi nada”²².

Sin llegar a establecer “tipos ideales” al estilo weberiano, dado que en múltiples ocasiones características de tipos diferentes se entremezclan, sí se puede observar cierta diversidad en las actitudes que denotan cambios adaptativos en algunas conductas masculinas.

Sin entrar en el debate de si ese cambio es debido a la presión que ejercen los cambios llevados a cabo por las mujeres o no, el hecho innegable es que *«eppur si muove (sin embargo se mueve, Galileo Galilei)»*. Es decir, se constata un hecho, existen cambios entre algunos hombres.

Esta situación se puede verificar en la relación con la contraparte, la relación de pareja, en lo que Castells y Subirats han denominado “modelo de familia heterosexual postpatriarcal”²³. Valorando este como un modelo prototípico, consideramos que no poseen formas puras y que la variedad de tonos grises es aún muy amplia.

Los cambios en la sociedad “empujan” a los hombres a modificar, voluntaria o involuntariamente, consciente o inconscientemente, sus pautas de conducta e interrelación. Así los cambios producidos en los últimos veinticinco años han implicado que desde ciertas corrientes se llegue a considerar que “la libertad sexual ha liberado a los hombres de su responsabilidad de patriarcas”²⁴. Lo cual puede parecer una contradicción puesto que según estos autores, al mismo tiempo se “vuelve a recuperar el atributo biológico masculino de ser fuerte (...) pero desligándolo de la dominación de género”²⁵. En definitiva la representación de género a través

²⁰ VERDÚ, V. (2003) *El estilo del mundo*. Barcelona, Ed. Anagrama. P. 177-178.

²¹ VERDÚ, V. *ibid.* P. 183.

²² SEGARRA, M., CARABÍ, À (2000). *Nuevas Masculinidades*. Barcelona: Icaria Editorial, P. 18.

²³ Según lo afirmado por estos autores: este modelo “se caracteriza por la adopción de un modelo cultural más igualitario, y que es la predominante, sobre todo entre las parejas urbanas jóvenes de entre 30 y 35 años. En este modelo, afirman, existe una asimetría, que es considerada como normal por el hecho de ser mujer, a condición de que luego se le compense de alguna manera”. En CASTELLS, M. y SUBIRATS, M (2007). *Mujeres y hombres ¿Un amor imposible?*, Madrid: Alianza Editorial. P. 146.

²⁴ CASTELLS, M. y SUBIRATS, M. *Ibid.* P. 153.

²⁵ CASTELLS, M. y SUBIRATS, M. *Ibid.* P. 165.

de los discursos llevada a cabo por ciertos hombres, da muestra de cambios lo cual genera un paulatino proceso de sedimentación de los mismos²⁶. Es decir, algo parece estar cambiando.

UN CASO PARA ANALIZAR

Tomando como muestra las entrevistas realizadas entre los años 2009 y 2010, a 80 hombres desempleados de la industria cerámica en Vila-real (Castellón) a través de un Plan Integral de Empleo, se observan ciertos cambios comportamentales en la relación con su entorno, pareja, familia y consigo mismos.

El modelo sociocultural imperante entre el tejido empresarial y que ha sido asumido por la comunidad como una realidad es la denominada *cultura del trabajo*, y que se vislumbra en el lenguaje cotidiano de la población en general:

- El trabajo nos hace hombres...
- ¡Vale quien sirve!
- El que no trabaja es porque no quiere, es un vago, un holgazán, es de fuera, etc.

Asimismo, de inicio, se puede afirmar que cuando la organización empresarial sufre un cambio sus trabajadores son partícipes del mismo. De igual modo esto afectará individualmente de forma distinta a cada una de las personas que integran la organización, dependiendo de la percepción que cada cual tiene de los hechos. La velocidad con que se desencadena el cambio también contribuye a dar una forma y otra a la respuesta emocional.

Las reacciones de las personas a lo largo del proceso de cambio serán diferentes y dependerán de los siguientes aspectos:

- Grado de conciencia de los cambios en curso.
- Marco conceptual que se usa para percibir y entender la mecánica de las emociones.
- Destreza emocional para afrontar las emociones producidas por el cambio.
- Percepción de la posibilidad de modificarse intencionadamente a sí mismo.
- Desarrollo de la capacidad para llevar a cabo esa transformación personal.

En las entrevistas realizadas se observa como para los trabajadores, el momento de desempleo "forzado" ha supuesto romper con la cotidianeidad equilibrada en la que vivían, poniendo en peligro la adaptación habitual que les permitía sobrevivir en el entorno. Es entonces cuando a veces han aparecido las resistencias de manera consciente (o no), bajo la forma de repeticiones y conductas rígidas más o menos racionalizadas que no resuelven las circunstancias.

Los hombres entrevistados trabajaban en un modelo fabril, anterior a la crisis, de estilo fordista muy vigente todavía:

*"Las máquinas no pueden parar,
el trabajador está al servicio de la máquina..."*

En algunos casos la empresa formaba parte de la familia a través de un discurso y unas formas paternalistas hacia el subordinado. Los trabajadores se identifican con un modelo neoliberal basado en la máxima de "tanto tienes, tanto vales", así como un cierto sentimiento de invulnerabilidad sobre el futuro. Este modelo conllevaba una serie de consecuencias: Invisibilidad de problemas reales, polarización económica, ausencia de previsión, ausencia de alternativas, y

²⁶ DEL VALLE, T. (2002). Ob. Cit. P. 78.

lo que más nos interesa a los autores, en el ámbito doméstico, el desarrollo reiterado de un discurso masculino como dispositivo de control.

Ante la nueva situación de despido, las respuestas masculinas han sido diversas:

- Se encuentran en situación de shock laboral,
- inseguridad,
- resistencias para buscar trabajos en entornos desconocidos,
- no han sentido la necesidad de cualificarse, por ello, se muestran inicialmente poco o nada polivalentes,
- y, por supuesto, son muy reticentes a los cambios:

“Lo que quiero es trabajar, no quiero hacer ningún *cursito*”

Paco R. 46 años.

22 años como Clasificador Cerámico

Además, si la justificación del dispositivo de control viene dado por la persona que provee y el perfil de trabajador fabril que había imperado hasta ahora se derrumba puesto que ahora es la mujer trabaja y el hombre está desempleado. Esto genera una serie de respuestas de diverso calado:

- Respuestas autodestructivas:

“yo ya no valgo para nada”

Amador B. 39 años. 15 de hornero cerámico

- ... pero también es un revulsivo:

“ahora siento que puedo hacer cosas diferentes”

Julián M. 38 años. 7 de encargado de línea

- Han desarrollado mecanismos de protección:

“¡Vale!, vuelvo a trabajar en una fábrica, pero no deseo que me mate”

Enrique J. 43 años. Ha vuelto a trabajar.

La perspectiva de género ayuda a comprender como las certidumbres fundamentales de los hombres que se han tomado como muestra van modificándose progresivamente de forma cualitativa, y como ello conduce a un proceso de cambio individual (y por ende colectivo) de los propios sujetos, en un entorno complejo, cambiante y posibilitador de nuevas experiencias y oportunidades.

En este sentido, en las entrevistas realizadas entre el personal técnico responsable del programa de orientación, estos comentaban la diferencia entre el reconocimiento de la situación de partida de estos hombres y la vivencia inicial del desempleo no voluntario, el ajuste a los diferentes ritmos evolutivos, y el desarrollo de cierto “empoderamiento”, rompiendo con el “techo de cristal” psicológico que inicialmente poseían los individuos respecto de su situación, con la finalidad de buscar respuestas y alternativas propias a la situación de desempleo.

Los hombres entrevistados reconocen tras quedarse sin empleo, que no pueden, ni deben estar ausentes en sus entornos familiares, racionalizando así la ordenación de espacios y tiempos, compartidos con sus parejas y los menores y/ o personas a su cargo.

Todo lo dicho hasta el momento supone que algunos trabajadores con una visión más amplia observen su actual situación como una oportunidad para el cambio hacia nuevos sectores, valorando elementos nuevos tales como unos horarios que les permita vivir de manera más satisfactoria su tiempo de ocio: formándose, practicando alguna afición y lo que es más

importante, recuperando el entorno familiar sacrificado durante años para mayor beneficio de una empresa *cuasi* antropófaga.

De las valoraciones cualitativas se pueden extraer diversos elementos de análisis y así, aunque el 46,25 % de las personas encuestadas valoran positivamente tener más tiempo libre (figura 1), sin embargo sólo un 23,75 % utilizarían ese tiempo libre para formarse y progresar (figura 2). De todo ello podemos concluir que, en líneas generales, no están acostumbrados a tener un amplio margen de tiempo libre, han vivido hasta el momento, inmersos en una cultura del trabajo y, por tanto, desean obtener rápidamente un nuevo trabajo.

Figura 1. TIEMPO DE OCIO- TIEMPO DE TRABAJO

Valoran POSITIVAMENTE el tener más tiempo libre	46,25 % (37)
Valoran NEGATIVAMENTE el tener más tiempo libre	41,25 % (33)
NS/NC	12,5 % (10)
TOTAL	100 %

Fuente. Elaboración propia

Figura 2. VALORACIÓN DE SU SITUACIÓN ACTUAL

Desean volver a trabajar lo antes posible	37,5 % (30)
Consideran que es una oportunidad para formarse y progresar	23,75 % (19)
NS/NC	38,75 % (31)
TOTAL	100 %

Fuente. Elaboración propia

De los hombres entrevistados se observa un número amplio que sí colabora en las tareas domésticas, un 67,5 % (figura 3), aunque aún resulta demasiado significativo el porcentaje que no participa de manera compartida en las tareas domésticas (32,5 %).

Figura 3. PARTICIPA EN LAS TAREAS DOMÉSTICAS

SI	67,5 % (54)
NO	32,5 % (26)
TOTAL	100 %

Fuente. Elaboración propia

Centrándonos en el número de hombres entrevistados que positivizan la participación compartida en las tareas domésticas (figura 4), se observa un amplio porcentaje de los mismos que colaboran tanto en el cuidados y atención a los hijos (34 %), como en las tareas domésticas cotidianas (21 %). Sin entrar en valoraciones, reconocemos que en algún momento esta clasificación puede resultar artificiosa, sin embargo, a lo largo de las entrevistas se ha detectado un número amplio de hombres (28,75 %) que realizan una combinación de elementos compartidos en el ámbito doméstico simultáneamente: conciliación conjunta de la vida familiar (hijos, pareja, tareas domésticas, etc.).

Figura 4. CAMBIOS EN EL ÁMBITO DOMÉSTICO

Se incrementa la atención a los-as hijos-as (colegio, ocio, etc.)	34 % (19)
Combinación de tareas (apoyo laboral, familiar, conciliación, etc.)	28,75 % (15)
Colaboración igualitaria en las tareas cotidianas de casa	21 % (11)
Mejora de la relación general con la pareja	19,25 % (10)
TOTAL	100 % (54)

Fuente. Elaboración propia

El proceso permite observar, como por su parte, llevan a cabo la revisión de prioridades en su modo y estilo de vida. Y como éstas van cambiando conforme son más conscientes de sus experiencias pasadas y van reformulando sus expectativas futuras.

La incertidumbre se va concretando en la elaboración (consciente o no) de itinerarios de inserción por parte de los propios individuos, cada vez más alejados de la improvisación o la ejecución de acciones inconexas; que favorece la mejora de bienestar y calidad de vida de los mismos y la mejora de su situación personal a nivel global, lo cual se muestra a nivel del entorno familiar en:

- redescubrimiento y disfrute de la convivencia con los hijos,
- replanteamiento del rol dentro del entorno familiar,
- desarrollo de situaciones no realizadas con anterioridad dentro del vínculo de convivencia: compartir tareas domésticas, cuidado conjunto de los hijos...

Hay que reconocer que se observan los cambios en una fase muy incipiente y en una aproximación posterior habrá que identificar elementos que indiquen elementos que a su vez permitan verificar la evolución positiva del proceso de cambio de estos hombres hacia entornos familiares cada vez más igualitarios.

En definitiva, y al igual que en otras situaciones de desempleo, una vez pasado el primer momento, “el sentimiento general de los actores, ante la nueva situación que viven, es de libertad, de bienestar, de poder dedicar tiempo a sí mismos, a lo que les gusta, a actividades más gratificantes” (Velasco, 2006), tras desprenderse de la mentalidad alienante (según el concepto de Marx) de su situación laboral; expresan su deseo de superarla.

CONCLUSIONES

Sin hacer una referencia explícita en las entrevistas llevadas a cabo, hemos podido observar de forma cualitativa como los hombres entrevistados desarrollan un discurso más igualitario a la hora de referirse a sus parejas. Así pues teniendo en cuenta que el lenguaje es el vehículo de la cultura, juega un papel importante en la socialización, representa la realidad, la nombra, le da forma, la clasifica, refleja la sociedad de cada momento y condiciona lo que pensamos, influye directamente sobre la concepción que se tiene de las personas, sobre la representación que hacemos de nosotros mismos y de los otros y otras.

En este sentido nos parece muy interesante resaltar este aspecto que no hemos podido abordar con la suficiente profundidad, y que podrá ser objeto de nuestras investigaciones posteriores.

Tras el análisis de los datos obtenidos, parece que los hombres entrevistados van descubriendo que necesitan sentirse partícipes del entorno en el que viven y se desenvuelven cotidianamente. Y algunos de ellos desean dejar de comportarse “de prestado” en modelos/ patrones patriarcales heredados que cada vez resultan más anacrónicos e impostados.

Es sin duda necesario que en este proceso de cambio, los hombres se sientan acompañados y escuchados en la renovación de los significados de su universo simbólico a través de la interacción con su entorno; para poder de esta manera consolidarlo.

Por otra parte, la irrupción involuntaria de una situación de desempleo que cuestiona directamente la función de proveedor económico principal del hombre respecto de su unidad familiar, permite poder modificar -al menos de forma temporal-, su aportación global a la dinámica de funcionamiento familiar y a la distribución tradicional de roles.

Este cuestionamiento del modelo y esta nueva redistribución de tareas, parece que se va fraguando como parte de una evolución “natural” y de la necesidad de búsqueda de nuevo equilibrio homeostático de funcionamiento interno.

Nuestra duda radica en si esta evolución se mantendrá en el tiempo o volverá a estadios anteriores, si se producen de nuevo cambios en los procesos productivos.

El empleo -tal y como se concibe en nuestro entorno socio-cultural- proyecta una imagen de nosotros mismos, provee de una posición y estatus reconocidos socialmente; nos describimos en función de lo que hacemos. Así pues, consideramos que este paralelismo entre identidad ocupacional e identidad personal debe ser matizado sobre todo en aquellos casos, como con los que nos hemos encontrado, en que el desempeño de una ocupación no sea deseado por quien la realiza, cuando la identificación con la/ s tarea/ s sea mínima.

Esta función del trabajo como identidad pierde su protagonismo cuando los hombres visibilizan otras funciones en su propia evolución individual como: la autonomía en la toma de decisiones conscientes, en el control personal, en la construcción de su rol, en la propuesta de expectativas ante situaciones nuevas percibidas como oportunidades, la promoción de conocimientos y capacidades personales en las tareas que han de desempeñar en diferentes ámbitos, etc.

BIBLIOGRAFÍA

- BEAUVOIR, Simone de. (2005) [1949]. *El segundo sexo*. Editorial Cátedra, Madrid.
- BERGUER, Peter L y LUCKMANN, Thomas. (2006) *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Ed., Buenos Aires.
- BOURDIEU, Pierre. (2000) *La dominación masculina*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- CASTELLS, Manuel y SUBIRATS, Marina. (2007) *Mujeres y hombres ¿Un amor imposible?* Alianza Editorial, Madrid.
- CUCÓ GINER, Josepa. (1995) *La amistad. Una perspectiva antropológica*, Icaria, Barcelona.
- DEL VALLE, Teresa (Coordinadora). (2002) *Modelos emergentes en los sistemas y relaciones de género*. Narcea Ediciones, Madrid.

GABARRÓ BERBEGAL, Daniel. "Transformar a los hombres: un reto social". www.danielgabarro.cat. Barcelona.

GARCIA BALLESTEROS, Aurora (editora). (1986) *El uso del espacio en la vida cotidiana*. Servicio de publicaciones de la UAM, Madrid.

GARCÍA GARCÍA, Antonio. (2008) "¿Qué les pasa a los hombres? A propósito de las dinámicas identitarias en la modernidad tardía". *Arxius*, núm. 19, (41-51).

GARCÍA GARCÍA, Antonio. (2009) *Modelos de identidad masculina: representaciones y encarnaciones de la masculinidad en España (1960-2000)*. Tesis Doctoral, Ed. Universidad Complutense, Madrid.

GIDDENS, Anthony. (1998) *La transformación de la intimidad*. Ed. Cátedra, Madrid.

GIL CALVO, Enrique. (1997) *El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón posmoderno*, Editorial Temas de Hoy, Madrid.

GIL CALVO, Enrique. (2006) *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos*, Ed. Anagrama, Barcelona.

GIL CALVO, Enrique. (2008) "Representaciones sociales de la masculinidad y la feminidad", *Anuario de sexología*, número 10, (125-134)

GILMORE, David D. (1994) *Hacerse hombre, concepciones culturales de la masculinidad*, Editorial Paidós Ibérica, Barcelona.

GUASCH, Oscar. (2006) *Héroes, científicos, heterosexuales y gays*. Edicions Bellaterra, Barcelona.

GUTIERREZ LOZANO, Saúl. (2006) "Género y masculinidad: Relaciones y Prácticas culturales". *Revista de ciencias sociales*, número 111-112, (155-175).

GUTMANN, Matthew. (1998) "Traficando con hombres: La antropología de la masculinidad". *Revista de estudios de géneros. La ventana*, número 8, (47-99).

HOBSON, Barbara. (2002) *Making men into fathers. Masculinities and the social politics of Fatherhood*. Cambridge University Press, Cambridge.

KIMMEL, Michael S. (1997) "Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina", en Teresa Valdés y José Olavarria (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres, nº 24, 49-62.

LIPOVETSKY, Gilles. (1996) *La era del vacío*. Ed. Anagrama, Barcelona.

LIPOVETSKY, Gilles. (1999) *La tercera mujer*. Ed. Anagrama, Barcelona.

LOMAS, Carlos (Compilador). (2003) *¿Todos los hombres son iguales?: Identidades masculinas y cambios sociales*. Ed. Paidós, Barcelona.

LORENTE ACOSTA, Miguel. (2003) *Mi marido me pega lo normal*. Ed. Crítica, Barcelona.

MARTÍN CASARES, Aurelia. (2006). *Antropología del género*. Editorial Cátedra, Madrid.

MARQUÉS GONZALEZ, José Vicente [tesis doctoral] (1982) *La construcción Social del Varón*. Depósito de la Biblioteca de la Universidad de Valencia, Valencia.

MONTESINOS, Rafael. (2002) *Las rutas de la masculinidad. Ensayo sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Editorial Gedisa, Barcelona.

- MOSSE, George L. (2000) *La Imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*. Talasa Ediciones S.L. Madrid.
- OTEGUI PASCUAL, Rosario. (1999) "La construcción social de las masculinidades", *Política y Sociedad*, número 32, (151-160).
- RODRIGUEZ VICTORIANO, José Manuel. "Masculinidades nómadas: apuntes sobre subversiones imaginarias y reversiones militantes". Dentro del seminario *Estrategias de la complejidad: pensar la identidad*. Organizado por la UIMP. 11 y 15 de septiembre de 2000.
- SEGARRA, Marta y CARABÍ, Àngels (editoras). (2000). *Nuevas Masculinidades*. Icaria Editorial, Barcelona.
- SEFTON, Ana Paula. (2006) "Paternidades en las culturas contemporáneas". *Revista de estudios de género*, número 23, (37-69).
- VALCUENDE DEL RIO, José María y BLANCO LOPEZ, Juan (Editores). (2003) *Hombres, la construcción cultural de las masculinidades*. Talasa Ediciones, Madrid.
- VALLES, Miguel S. (1999) *Técnicas cualitativas de investigación Social*. Editorial Síntesis, Madrid.
- VELASCO JUEZ, M^a Victoria Inmaculada. (2006) "Consecuencias personales en la ruptura de la vida laboral. El caso de Telefónica", *Revista de antropología iberoamericana*, volumen 1, número 3, (465-486).
- VERDÚ, Vicente. (2003) *El estilo del mundo*. Ed. Anagrama, Barcelona.
- WHITEHEAD, Stephen. M. (2002) *Men and Masculinities*. Polity Press, Cambridge.